

La biblioteca de la Compañía de Jesús en el Potosí novohispano. Un análisis partir del inventario de sus Temporalidades

The library of the Society of Jesus in the Potosí novohispano. An analysis based on the inventory of its Temporalities

José Armando Hernández Soubervielle¹ 
El Colegio de San Luis de Potosí-México



Para citaciones: Hernández Soubervielle, J. (2021). La biblioteca de la Compañía de Jesús en el Potosí novohispano. Un análisis partir del inventario de sus Temporalidades. El taller de la Historia, 13(2), 354-377. DOI: <https://doi.org/10.32997/2382-4794-vol.13-num.2-2021-3760>

Recibido: marzo 2021

Aprobado: agosto 2021

Editor: Sergio Paolo Solano. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2021. Hernández Soubervielle, J. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



RESUMEN

La Compañía de Jesús tuvo, entre sus atribuciones, el encargarse de la educación de en aquellos lugares donde fundó colegio; para ello echó mano de notables bibliotecas, algunas de ellas las más ricas en el orbe hispánico. La de los jesuitas en San Luis Potosí fue una de las más ricas en todo el norte novohispano y lo sabemos gracias al completo y minucioso inventario de sus libros, que quedó consignado tras la expulsión de éstos en 1767. Gracias a su riqueza podemos avanzar algunos resultados de investigación.

Palabras clave: Jesuitas; Expulsión; Inventario; Siglos XVI-XVIII; 1767.

ABSTRACT

The Society of Jesus had, among its attributions, the responsibility of education in those places where it founded a school; for this it made use of notable libraries, some of them the richest in the Hispanic world. That of the Jesuits in San Luis Potosí was one of the richest in the entire north of New Spain and we know it thanks to the complete and meticulous inventory of their books, which was consigned after their expulsion in 1767. Thanks to it we can advance some research results.

Keywords: Jesuits; Expulsion; Inventory; XVI-XVIII Centuries; 1767.

¹ armando.hernandez@colsan.edu.mx

INTRODUCCIÓN

La llegada de los jesuitas a México, en 1572, marcaría el comienzo de un ansiado proceso de traer a los padres de la Compañía al virreinato de la Nueva España. México se convertiría en un depositario más de la labor docente que precedía a los padres de la Compañía y con ello, se vería beneficiado de una corriente humanista que fomentaba la enseñanza del latín, el griego, el español y, en estas tierras, la lengua mexicana. Teología, ciencia, filosofía y letras, serían las bases que, siguiendo la *Ratio atque institutio studiorum* –como vehículo de su espiritualidad–, los jesuitas habrían de instaurar en Nueva España, pero ello demandaba, en primer lugar, espacio y, por supuesto, libros.

El método de enseñanza de los jesuitas pretendía, como meta última, propagar la fe de Cristo y combatir la herejía, para ello se requerían religiosos sólidamente preparados teológica e intelectualmente, ya que ellos serían el canal para llegar al pueblo. Unas aspiraciones tan complejas y bastas, requerían un aparato intelectual sustentado en nutridas y actualizadas bibliotecas, reguladas, además, en sus aspectos funcionales: organización, custodia y acceso. El éxito de la Compañía fue siempre reconocido, así como envidiado. El poder alcanzado llevó a que los jesuitas fueran vistos con recelo y sus métodos de administración cuestionados. A ello se sumaría que las coronas europeas empezaran a cuestionar la injerencia e influencia de los jesuitas en las cortes. Ello derivó en la expulsión de los ignacianos de los dominios de las diferentes monarquías. Francia, Portugal y luego España, irían extrayendo de sus dominios a los hijos de san Ignacio. En particular, para el caso español, la real pragmática firmada por Carlos III el 27 de febrero de 1767, ordenaba la extracción² de los regulares de la Compañía de Jesús, de todos los dominios de la Corona española.

Mucho se ha escrito acerca de este evento, se ha cuestionado la verdadera intención detrás del extrañamiento y el impacto que tuvo en el mundo iberoamericano; sin embargo, fruto de esta controversial extracción y de las órdenes para implementarla, llegarían a nosotros una serie de documentos en los cuales quedarían consignadas jurídicamente las posesiones de los jesuitas en cada una de sus fundaciones (iglesias, colegios y haciendas). Entre menaje, utensilios y lo que hoy llamamos arte –que en su momento formaba parte del repertorio de elementos utilitarios–, se consignaban, además, libros y papeles que al momento de la extracción se hallaban en poder de los jesuitas, ya fuese en la librería (como solía llamársele a la biblioteca) o en propiedad particular de cada uno de sus miembros (libros

² Extracción, extrañamiento, expulsión, son todos sinónimos que, usados indistintamente a partir de 1767, se refieren al proceso de expulsar de los dominios de la Corona española a los regulares de la Compañía de Jesús. A lo largo del texto usaremos indistintamente alguna de las tres acepciones cuando nos refiramos a dicho proceso.

en sus aposentos, por ejemplo), que debían ser inventariados de forma homogénea.³ Esto trajo consigo la oportunidad de ver el estado en que se encontraban esas bibliotecas, pues la composición de sus acervos fue registrada, con minucia, en los diferentes inventarios que formaron parte de las Temporalidades, o lo que es lo mismo, el conjunto de bienes y rentas que administraban los jesuitas al momento de su extrañamiento. Entre dichos bienes se encontraban: donaciones, censos, préstamos, y en general todo el dinero manejado por los ignacianos; asimismo, quedaron comprendidos en este ramo, las propiedades y todos los bienes materiales que poseían al momento de su extrañamiento, incluidas, por supuesto, sus librerías. De esta manera, la expulsión de los ignacianos y la posterior administración de sus bienes nos ha permitido ver, en el papel, la riqueza de sus bibliotecas.

¿Qué importancia radica en el rescate de estos inventarios? ¿Cuál es la pertinencia de hacerlo manifiesto? Más allá de la preocupación que supone para el investigador de la historia conocer las fuentes intelectuales de las cuales se nutrían los hombres novohispanos, estos inventarios son fuente inagotable para comprender una época, la circulación de saberes, la actualidad de su mundo y los temas que inquietaban a una institución encargada de educar a las juventudes novohispanas.

1. Arribo y expulsión de los jesuitas en San Luis Potosí

Fundado en 1592 al amparo de la riqueza minera que recién se había descubierto, San Luis Potosí fue un pueblo de españoles que ganó pronta fama por la bonanza de su mineral. Como todo proceso de poblamiento en tierras del Nuevo Mundo, a la avanzada de soldados y hombres que buscaban hacer las Indias, les amparaba la religión en forma de misioneros; así, acompañando la fundación potosina, estuvieron los franciscanos y el clero secular, enseguida y una vez asentado el pueblo, llegarían los agustinos, luego los juaninos y, finalmente, los jesuitas.

La llegada ignaciana a territorio potosino sucedería el año de 1624 y su arribo obedeció a un par de factores coincidentes que hicieron posible lo que (aparentemente) era una gran oportunidad de instalarse, finalmente, en el real minero. El primero de esos factores tenía nombre y apellido: don Juan de Zavala, el segundo tenía cariz corporativo y se llamaba, cofradía de la Santa Veracruz.

Nos concentraremos en el primero de ellos, pues impacta directamente en el tema que nos ocupa. De origen vizcaíno, don Juan de Zavala era uno de los vecinos del pueblo de San Luis que más rápido había ascendido

³ El hallazgo de cualquier documento incriminatorio de la Compañía de Jesús por prácticas desleales a la Corona aumentaba la relevancia de estos inventarios de papeles y libros en medio del proceso de extracción jesuita.

socialmente, lo anterior derivado del éxito de sus empresas mineras y su cercanía con los miembros más prominentes de aquella incipiente población, lo que le habían prodigado una posición envidiable en San Luis Potosí. Como podría esperarse de un hombre con su perfil y época, Zavala se preocupó por dejar constancia de su riqueza en forma de actos en favor de la iglesia, por lo que se había abocado a encauzar las mayores obras pías que el pueblo vería a finales del siglo XVI y principios de la siguiente centuria.⁴ El que hubiese sido un hombre que había amasado una extraordinaria riqueza material y que carecía de descendencia, terminarían siendo aspectos apetecibles para las órdenes religiosas de los lugares donde vivió. Las órdenes de regulares, así como el clero secular, podían acceder a importantes sumas de dinero a través de los recursos de los benefactores – ya fuera por la cercanía en vida que con estos tuvieron o a través de sus albaceas después de su deceso– para llevar a cabo la fundación de sus sedes (iglesias, conventos, colegios) tanto en los lugares donde no tuvieran presencia, o bien para aderezar y enriquecer las ya establecidas.

En el caso de Zavala, la cercanía con la Compañía de Jesús se consolidó antes de morir, pues en el testamento que dejó al escribano Juan de Xerez, designó como albacea testamentario al prepósito de la Casa Profesa de México, el padre Cristóbal Ángel, quien, junto a los otros albaceas (su sobrino Martín Ruiz de Zavala y Toribio Fernández de Celis), tenían poder *in solidum*⁵ para acceder (entrar) a sus bienes, hacer inventario de ellos y venderlos en almoneda pública o fuera de ella. Ello lo podían hacer incluso habiendo transcurrido el primer año de albaceazgo, pues se mantendrían como “tenedores y distribuidores” de los bienes del difunto Juan de Zavala.⁶ Esto implicaba que, tanto su sobrino como el prepósito de la Casa Profesa, tuvieron margen de maniobra para vincular parte de los bienes, como eventualmente sucedería, en beneficio de la Compañía de Jesús.

El testamento de don Juan de Zavala fue abierto el 22 de junio de 1620 ante la autoridad del escribano público de la Ciudad de México, Pablo Pérez de Oyanguren; ahí se constató haber dejado por albaceas a los ya mencionados Martín Ruiz de Zavala, Cristóbal Ángel y Toribio Fernández de Celis y, como heredera universal de sus bienes, a su ánima. Apenas un mes después, el 18 de agosto de 1620, ante la fe del escribano público Ginés Alonso, tanto Cristóbal Ángel como Martín Ruiz de Zavala otorgaron una escritura en la que establecían como primer punto a considerar, la fundación de un Colegio de la Compañía de Jesús en las minas y pueblo de San Luis Potosí, para lo

⁴ A don Juan de Zavala se le debe el sufragio de los gastos para la construcción del hospital de San Juan de Dios del pueblo de San Luis Potosí; costear la conclusión de la parroquia del pueblo, etc.

⁵ Suele usarse para expresar la facultad u obligación común a dos o más personas y que atañe a cada una de ellas por entero.

⁶ Archivo General de la Nación (México) (en adelante AGN), Indiferente Virreinal / Civil, Caja 5457, Exp. 032, 1620, ff. 1v-2.

cual destinaban 50 mil pesos que se obtendrían de la venta de los bienes de don Juan de Zavala.

La Compañía de Jesús se había organizado para, por fin, fundar casa y colegio en las minas de San Luis Potosí. La real Audiencia otorgó la licencia de fundación el 19 de septiembre de 1623 y ésta fue aprobada por la mitra de Valladolid el 29 de diciembre del mismo año. Así, los jesuitas comenzaron las tareas encaminadas a establecerse en San Luis Potosí, nombrando encargado de ello al padre Luis de Molina⁷ quien, a la sazón, había fungido, junto a Pedro Arizmendi Gogorrón –rico vecino de San Luis–, como testigo de la escritura donde los albaceas de don Juan de Zavala manifestaban su voluntad de fundar colegio en el pueblo y minas de San Luis.

De acuerdo con las *Cartas Annuas* de 1624 y 1625, al llegar Molina y sus dos acompañantes, habilitaron en la primera casa recibida una habitación para escuela de gramática y de párvulos. Para 1624 –según se dice– el colegio tenía inscritos 200 alumnos, a 50 de los cuales se les impartía gramática y para 1625, el colegio contaba con un total de 40 alumnos sólo en la materia de latinidad y 150 en la escuela de primeras letras,⁸ los que, a falta de espacio, se limitaban a esta cantidad;⁹ de hecho la escuela de primeras letras habría de cerrar entre 1628 y 1634 debido a la falta de capacidad para atender la alta demanda.¹⁰ Combinada la tarea académica y la evangélica – a sus aulas asistían también para instruirse en el catecismo personajes tan importantes como el mismo alcalde mayor y los principales de esta república–,¹¹ la consolidación jesuita en materia educativa empezaba a echar cimientos.

Un grabado del siglo XIX nos esboza una idea de la fisonomía del conjunto compuesto por el colegio, iglesia y capilla de Loreto, antiguamente pertenecientes a la Compañía de Jesús (Fig. 1). El colegio ocuparía la mayor parte de un terreno ubicado en el margen poniente de la primitiva traza urbana del pueblo de San Luis, en la actual plaza de Fundadores y en cuyo antiguo asentamiento se ubica hoy en día el edificio de rectoría de la máxima casa de estudios de esta ciudad.

Ahora bien, como ya anticipábamos, el recuento de estos hechos nos remite necesariamente al tema principal de este trabajo: la biblioteca de la Compañía de Jesús en San Luis Potosí. ¿Qué podemos deducir del proceso

⁷ José Armando Hernández Soubervielle, *Nuestra señora de Loreto. Morfología y simbolismo de una capilla jesuita del siglo XVIII*, México, Universidad Iberoamericana, El Colegio de San Luis, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2009, pp. 21-24.

⁸ Ignacio Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas, 1979, p. 316.

⁹ Francisco Zambrano, S. J. *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Jus / Buena Prensa / Tradición/Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana, 1961-1977, t. X, p. 82.

¹⁰ I. Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas*, p. 316.

¹¹ F. Zambrano, S. J. *Diccionario Bio-bibliográfico*, t. X, p. 82.

de fundación y establecimiento de la orden ignaciana en el pueblo de San Luis? Que las circunstancias, si bien complicadas y poco convenientes, tuvieron asimismo consecuencias positivas pues, al poco tiempo de llegados al pueblo, y sin grandes inversiones en la construcción de una iglesia –pues ésta estaba comenzada y con una serie de espacios que podían irse adecuando para la administración de los sacramentos y la enseñanza–, los ignacianos pudieron destinar dinero y esfuerzos para nutrir una incipiente biblioteca.

La primera prueba de ello es la mención que se hace en la *Carta Anua* de 1624 en la cual se hace explícito el valor de los edificios, plata, ornamentos, menaje de casa y *librería*;¹² de ello se deduce que los libros integraban ya un inventario de bienes que los jesuitas iban formando. La plata y ornamentos sabemos que fueron, en su mayoría, entregados por la cofradía de la Santa Veracruz que les había donado espacio para la fundación; y que los bienes edilicios, en su mayoría, correspondían al proyecto inacabado de iglesia de la propia corporación; por tanto, el gasto inicial debió encaminarse a nutrir la incipiente biblioteca. Varios libros impresos a principios del siglo XVII, resguardados en la Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, ostentan la leyenda siguiente: “del collegio de la compañía de Jesus de Potosi Anno. 1624”,¹³ con lo cual se comprueba la pronta adquisición de obras para una librería en estado embrionario de conformación.

El crecimiento de la biblioteca se vio reflejado en los años siguientes y quedó consignado en sendas *Cartas Anuas* de 1625 y 1626, donde se menciona la inversión de 3 000 y 10 000 pesos para libros y ornamentos, respectivamente.¹⁴ En efecto era así, una cosa y otra ornaban y engalanaban el culto y el saber. Joyas en sentido inverso y complementario. Es importante resaltar que, en este caso, fueron los propios ignacianos quienes se encargaron de la adquisición de los libros que conformarían su biblioteca pues, en otras fundaciones, las mismas se nutrían con bibliotecas completas que les eran heredadas¹⁵ y que formaban la semilla fundacional de su acervo. Esto es importante de resaltar, toda vez que el aumento de las librerías de los colegios iba siempre de la mano del apoyo pecuniario que los propios jesuitas se agenciaban. Así, por ejemplo, los del colegio de San Luis

¹² Alfonso Martínez Rosales, “La biblioteca del Colegio de San Luis Potosí de los Jesuitas (1767)”, en José de la Cruz Pacheco Rojas (coord.), *Seminario Los Jesuitas en el Norte de Nueva España: Sus contribuciones a la educación y el sistema misional. Memorias*, México, Universidad Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, p. 76. Librería era el nombre con el cual, en la época, se designaba a lo que hoy conocemos como biblioteca.

¹³ *Patrimonio y memoria. Universidad Autónoma de San Luis Potosí*, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 2006, p. 51.

¹⁴ Martínez Rosales, “La biblioteca del Colegio”, p. 77.

¹⁵ Un caso que se puede citar es el del Colegio de Guadiana (hoy Durango), donde el gran benefactor del mismo, Francisco Rojas y Ayora, canónico de la catedral de Durango, al morir en 1660, heredó no solo bienes materiales y pecuniarios, sino una importante biblioteca para el colegio. José de la Cruz Pacheco Rojas, *El colegio de Guadiana de los jesuitas, 1596-1767*, México, Universidad Juárez del Estado de Durango / Plaza y Valdés Editores, 2004, p. 133.

podieron armar una nutrida biblioteca ya desde el siglo XVII pues se contaban con recursos para ello, a diferencia, por ejemplo, del colegio de Guadiana que sobrevivió durante el siglo XVII con ciertas dificultades, detonándose su crecimiento y consolidación hasta finales de éste y comienzos del XVIII, ello explicaría la cantidad importante de libros impresos en dicha centuria en contraparte de los de siglos anteriores.¹⁶

Los jesuitas, ya como evangelizadores y, sobre todo, como educadores, hicieron lo necesario para recalar y arraigarse profundamente en la sociedad potosina, pero el destino de los ignacianos no dependía de ello. Hemos adelantado ya el sino con que cargaba la orden. El 27 de febrero de 1767, el rey de España firmaba la orden de expulsión de los jesuitas de Nueva España y demás dominios de la corona.¹⁷ Esta orden llegaría a territorio novohispano el 30 de mayo¹⁸ y de inmediato el marqués de Croix, virrey en turno, procedería a hacer lo necesario para llevar a cabo las instrucciones recibidas en la real pragmática. Ahora bien, durante el año de 1767 una serie de movimientos sociales habían convulsionado la sociedad novohispana. La nueva estructura política española, representada ahora por la casa de Borbón, comenzó por realizar una serie de cambios económicos cuya finalidad sería reactivar una estancada economía hispana, a costa de una serie de decretos que no serían plácidamente aceptados en territorio de Nueva España. A estas adecuaciones se les conoce como “reformas borbónicas” y en ellas se contemplaban algunas medidas como la constitución del estanco de tabaco; modificaciones en la recaudación tributaria indígena y de castas menores; militarización de las provincias y un nuevo sistema administrativo en las alcabalas.¹⁹ Tales reformas fueron la causa de muchos levantamientos acontecidos desde inicios de 1767. Ya desde 1766 México, Puebla, Guanajuato y Michoacán habían sido protagonistas de levantamientos e inconformidades por parte de la población;²⁰ este sentimiento pronto se esparciría –sobre todo en el centro del territorio novohispano– y habría que incluir la acción llevada a cabo en contra de la Compañía de Jesús.

En San Luis Potosí la extracción de los jesuitas se concretó no sin muchas dificultades. El origen de los disturbios tenía su origen en el Cerro de San Pedro, lugar donde se habían suscitado muchos de los primeros levantamientos de la provincia potosina. Éstos, que llevaban consigo una

¹⁶ José de la Cruz Pacheco Rojas, “La biblioteca del colegio de Guadiana de los jesuitas”, en José de la Cruz Pacheco Rojas (coord.), *Seminario Los Jesuitas en el Norte de Nueva España: Sus contribuciones a la educación y el sistema misional. Memorias*, Universidad Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2004, pp.58-61.

¹⁷ Herman W. Konrad, *Una hacienda de los jesuitas en el México colonial. Santa Lucía, 1576-1767*, México, FCE, 1995, p. 15.

¹⁸ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones populares de 1767*, (edición, prólogo, índice y notas por Felipe Castro Gutiérrez), UNAM / IIH, México, 1990, p. 9.

¹⁹ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 7.

²⁰ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 8.

fuerte carga de violencia, fueron conocidos como los *tumultos*, y coinciden con los levantamientos sucedidos en Apatzingán, Uruapan, Pátzcuaro, Guanajuato, San Luis de la Paz y San Felipe.²¹ En San Luis Potosí, el primero de ellos sucedió el 10 de mayo de 1767, debido a la publicación de un bando real donde se prohibía la portación de armas y el recogimiento de vagos²² en el Cerro de San Pedro. A ello le seguiría otro motín en la ciudad de San Luis el 26 de mayo, con motivo del encarcelamiento de unos vecinos del barrio de Montecillo y de San Sebastián;²³ un tercer y cuarto tumultos tuvieron lugar el 6 y 17 de junio, donde se manifestó el descontento de la población y la creciente inconformidad por parte de los vecinos de los reales de minas. Sin embargo, el más relevante a los efectos de este trabajo es el del 24 de junio de 1767, cuando don Andrés Urbina y Eguiluz –entonces alcalde la ciudad–, abrió el pliego que contenía la orden del virrey de Croix para ejecutar la tarea de extracción de los jesuitas.²⁴ Con el antecedente de que no sólo la población de la ciudad, sino también de los barrios circunvecinos y de las poblaciones cercanas habían manifestado ya su inconformidad con violencia, Urbina informó y solicitó a don Francisco Mora –capitán de milicias, rico hacendado de Peñasco y fiel servidor de la corona española–, trasladarse a San Luis Potosí de inmediato; y así, en la madrugada del 26 de junio, partiría a la ciudad. Las condiciones climáticas no le permitieron llegar sino hasta las siete de la mañana, cuando ya había sido esparcida, entre la población, la noticia de la sustracción jesuita del colegio potosino. Aun a pesar de la notoria inconformidad de los pobladores, Francisco Mora convenció al alcalde Urbina de seguir con lo establecido, logrando sacar a los jesuitas hasta las afueras de la ciudad. Tal decisión desató la furia de los habitantes, quienes lograron “rescatar” a los ignacianos, guareciéndolos en el hoy desaparecido convento de la Merced hasta que fuesen restituidos a su colegio. Este acontecimiento derivó, a su vez, en la intención de los gobernadores de San Sebastián, Santiago y San Nicolás del Armadillo de dar muerte al alcalde y a los españoles acompañantes si insistían en su empeño de sacarlos de la ciudad.²⁵ Una vez más la prudencia de los religiosos se interpuso ante la sinrazón de los tumultuosos y, así, el comendador de la Merced, junto con los recién reinstalados padres jesuitas, calmaron la turba que clamaba por la vida del alcalde, mientras que el padre provincial de San Francisco conseguía que el 28 de junio se restableciera la paz y la fidelidad a la corona –atestiguado esto en una escritura– por parte de los gobernadores y alcaldes de los pueblos de indios.²⁶

²¹ María Isabel Monroy Castillo y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí*, México, COLMEX / FCE, 1997, p. 114.

²² José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 35.

²³ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 36.

²⁴ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 38.

²⁵ María Isabel Monroy Castillo y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de*, p. 115.

²⁶ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 39. Asimismo, en el Anexo VIII de esta edición se puede leer la Certificación del comendador del convento de la Merced de la ciudad de San Luis Potosí acerca de los sucesos del día 26

La comisión que había recibido Urbina quedaba así –de momento– sin ejecutarse. El segundo intento de extracción se programó para el 9 de julio, pero al enterarse los habitantes de esta resolución, decidieron atacar la ciudad durante la noche del día 8 y la madrugada del 9, derivando en una batalla entre los hombres de Francisco Mora y los tumultuosos que nuevamente exigían la libertad de los jesuitas.²⁷ Hasta ese momento, Urbina parecía incapaz de culminar la acción que le había sido encomendada; por tal motivo, el 24 de julio llegaría a San Luis Potosí, procedente de San Luis de La Paz, el visitador y jurista malagueño, José de Gálvez,²⁸ único capaz de llevar a cabo la encomienda real. Nada detendría al visitador Gálvez y con mano militar y lujo de violencia entró al colegio jesuita para ejecutar, de una vez por todas, la extracción de los padres de la Compañía de tierras potosinas. ¿El resultado? una inconformidad generalizada del pueblo potosino ante la imposición de la ley mediante la violencia.²⁹ Incluso, más allá de los innumerables encarcelados, descuartizados, ahorcados, desterrados de la provincia, prevaleció el encono del pueblo potosino, que difícilmente volvería a confiar en la corona española. El vínculo que unía a San Luis con la monarquía peninsular se había fracturado y faltaba poco para que la grieta se agrandara, no sólo aquí sino en todo el territorio novohispano.

El 24 de julio de 1767 partían de tierras potosinas los últimos jesuitas que quedaban en los territorios de Nueva España con rumbo a Jalapa, escoltados por la tropa de José de Gálvez y conducidos en carretas.³⁰ Con esta acción se cerraba el capítulo de la primera estancia de la Compañía de Jesús en San Luis Potosí, dejando tras de sí 143 años de trabajo eclesiástico, educativo y cultural que, *Ad maiorem dei gloriam*, habían consolidado en estas tierras.

Más allá de los problemas que supuso la ejecución de esa orden, queda el inventario de libros y documentos implicó la elaboración de un catálogo pormenorizado que es la razón de ser de este trabajo. El inventario de la biblioteca de la Compañía de Jesús de San Luis Potosí se encuentra perfectamente resguardado en el Archivo Histórico Nacional de España (Madrid), bajo el número de legajo 91 de la sección Clero-Jesuitas.³¹ Desde 2004, cuando fuera dado a conocer, éste ha sido objeto de diferentes análisis, comenzando por el del recientemente fallecido, Alfonso Martínez Rosales, quien en su trabajo “La biblioteca del Colegio de San Luis Potosí de

en la que se puede apreciar cómo los padres jesuitas participaron vehementemente en el apaciguamiento de la turba que pretendía tomar venganza por cuenta propia sobre los ejecutores del extrañamiento.

²⁷ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 40.

²⁸ José de Gálvez, *Informe sobre las rebeliones*, p. 40.

²⁹ Yale University Library (en adelante YUL), *San Luis Potosí, México (City). Cabildo. Libro de acuerdos de el Ille. Cavildo, de essta mui noble, i leal ciudad de San Luis Potosí para esste año de 1767* (Latin American Manuscripts Collection, Volume 60), ff. 54-58v.

³⁰ AGN. Temporalidades, vol. 43, f. 23.

³¹ Archivo Histórico Nacional (España) (en adelante AHN), “Inventario de la biblioteca del Colegio Jesuita de San Luis Potosí”, Sección: Clero, Jesuitas, 1767, Legajo 91, expediente 70 (68 folios recto y verso).

los Jesuitas (1767)",³² no sólo saca a la luz dicho catálogo, sino que también se aboca a analizar algunas de sus características formales, partiendo de la determinación del destino de este documento en el repositorio referido, hasta una primera aproximación a la riqueza de lo que fuera uno de los acervos más importantes del septentrión novohispano. Posteriormente, en el año 2009, José Luis Betrán Moya presentó un trabajo en el que el inventario sirvió para dar cuenta de la importancia de la proyección educativa y cultural de la Compañía de Jesús en el mundo hispánico y, en particular, en el norte novohispano.³³ Ese mismo año, publiqué lo que había sido mi tesis de maestría en historia del arte mexicano, en la cual demostré cómo, la arquitectura de la capilla de Loreto del antiguo conjunto jesuita de la ciudad de San Luis Potosí, había sido influida por una serie de grabados que formaban parte de los libros que se hallaban en la biblioteca ignaciana del colegio potosino en el momento de su extracción.

Asimismo, adelanté en ese trabajo una lista de aquellos libros consignados que habían sido impresos en Flandes, pues en dicha obra dediqué un apartado a la influencia del grabado flamenco y nórdico en la arquitectura del conjunto ignaciano de la ciudad.³⁴ Más recientemente, en 2016, María Idalia García Aguilar, con el importante apoyo de Joel Cruz Maytorena, realizarían un significativo trabajo de identificación de libros existentes en el Fondo Antiguo de la Biblioteca Pública Universitaria de San Luis Potosí, para contrastarlos con aquellos enunciados en el inventario. Como resultado de sus pesquisas, se logró la identificación física de setenta y cinco ejemplares que alguna vez formaron parte de la biblioteca jesuita de la ciudad y que hoy integran el acervo de dicho Fondo Antiguo. En este trabajo, desafortunadamente, sólo se contó con la lista de los libros localizados, no así con la huella visual de tales obras.³⁵

Un inventario como éste, con la riqueza de información y, formando parte de un corpus más grande (el documento es parte del inventario general de los bienes de Temporalidades del colegio de San Luis), se presta para aproximaciones varias y demanda un análisis que hurgue en datos más finos que, complementados con los estudios hechos hasta ahora, nos permita ver más allá de la relevancia local de esta biblioteca. Hacer un análisis cualitativo y no meramente cuantitativo, apoyándonos para ello en las características enunciadas en el inventario, así como una aproximación al proceso de la conformación de la biblioteca –si bien reconocemos que el inventario sólo

³²Martínez Rosales, "La biblioteca del Colegio", pp.75-90.

³³José Luis Betrán Moya, "Bibliotecas de ultramar: La biblioteca del Colegio de San Luis de Potosí de la Compañía de Jesús en Nueva España en el momento de la expulsión", en Camilo J. Fernández Cortizo, Vitor Manuel Migués Rodríguez, Antonio Presedo Garazo (ed.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. I, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 307-320.

³⁴J. A. Hernández Soubervielle, *Nuestra señora de Loreto*, pp. 194-198.

³⁵María Idalia García Aguilar, "Entre el olvido y la supervivencia: los libros jesuitas del colegio de San Luis Potosí", en *Revista de El Colegio de San Luis. Nueva época*, año VI, número 11, enero a junio de 2016, pp. 48-105.

refleja la etapa final de la misma—, su espacio físico y su importancia como repositorio del conocimiento de la ciudad en los siglos XVII y XVIII, serán precisamente los eslabones que constituyan la columna vertebral de este trabajo.

2. Los libros de la biblioteca ignaciana de San Luis Potosí

Un libro resguardado en el Centro de Documentación Histórica “Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga”, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, bajo la catalogación JES71-1612, correspondiente al tomo II de los comentarios del padre Benito Justiniano a las epístolas del apóstol Pablo, publicado en Lyon en 1612 por Horacio Cardón, no sólo conserva —aunque maltratado— uno de los grabados librescos más bellos del fondo jesuita, sino que, además, contiene en el margen inferior la siguiente leyenda: “del Colegio de la Comp^a de Jesus de S Luis Potosí Anno 1624” (Fig. 2). Se trata de uno de los primeros libros adquiridos por los jesuitas en el entonces llamado “Colegio incoado”³⁶ de San Luis Potosí. Cabe mencionar que en el inventario de los libros de la biblioteca aparecen referidos los dos tomos que componían esta obra, uno con portada y el otro sin ella, y más aún, aparecen con un error en el año de su impresión, pues quien redactó el inventario dató su edición en 1672 y no en 1612 como realmente corresponde a esta obra. En este sentido, la leyenda manuscrita ha servido para ubicar uno de los primeros libros que conformaron la biblioteca jesuita del colegio de San Luis, a la vez que nos permite señalar un error —uno de muchos que seguramente existen en el inventario— en la redacción del catálogo de libros de los jesuitas expulsos. Pero vayamos por partes. El inventario en cuestión nos permite hacer muchas lecturas.

La relación de libros que tenían los jesuitas al momento de su expulsión nos ha permitido apreciar la cantidad y calidad de documentos que la Compañía poseyó en su colegio de San Luis. Asimismo, nos ha concedido inferir el mundo intelectual en el cual los jesuitas y colegiales potosinos se desarrollaron. La religión como elemento fundamental y totalizador del quehacer en jesuita se vería enriquecida con obras de carácter filosófico —tomista y aristotélico fundamentalmente—, así como con libros acerca de temas morales, jurídicos, históricos y literarios; integrando un conjunto de títulos que nos revela el quehacer educativo y los fines ideológicos de la Compañía, ya fuera en su cometido como predicadores, ya como maestros. Asimismo, el inventario nos permite ver en parte la evolución de la biblioteca, pues contar con las fechas de publicación nos conduce a plantear los momentos de mayor llegada de libros a la biblioteca potosina.

³⁶ Esto es, comenzado.

Ya desde la forma en que fue organizado y redactado el inventario, cobra relevancia. La relación de libros organizada a partir de una lista de cuadernos y sermones sueltos para enseguida enlistar por orden alfabético los libros que se hallaban tanto en el colegio como en los aposentos de los regulares.

Cabe destacar el cuidado y claridad del manuscrito en cuestión. Esto evidentemente contravenía las indicaciones enviadas desde Madrid en 1767 en la cual se indicaba que se separaran los libros de doctrina laxa y la búsqueda de papeles comprometedores, aunque debemos reconocer que para los fines que persigue este análisis, dicha organización ha resultado más que provechosa. A diferencia de otros inventarios de colegios jesuitas en Nueva España que grosso modo nos mencionan los libros y, acaso el nombre del autor únicamente –como es el caso del inventario del colegio de Durango–, el de San Luis Potosí, se da el lujo del detalle: autor, títulos in extenso, editor, lugar de edición y año, son los datos que en la minuciosa lista encontramos, lo cual posibilita un análisis de más profundidad.

En inventario que llegó a nuestros días, elaborado el 20 de noviembre de 1768,³⁷ quedaron registrados un total de 907 obras, entre sermones sueltos, manuscritos, bulas y libros impresos que mantienen datos de nuestro interés (autor, lugar de impresión, editor y año) independientemente de que se traten de tomos de un mismo título. De esta lista hemos discriminado aquellas obras impresas, sobre las que haremos una aproximación cuantitativa ya sea por siglo y lugar de impresión, autor, editor, lengua –en la que estaban escritos los impresos– y temática. Del total de libros registrados por el entonces alcalde mayor Andrés de Urbina y Eguiluz, se cuentan en un primer momento un total de 916 títulos identificados, pertenecientes a 754 autores diferentes y 14 más que no se pudieron catalogar con certeza dentro del índice alfabético por su delicado estado de conservación. La tabla siguiente da cuenta de los autores registrados en el índice en relación con la letra del alfabeto con que fueron identificados.

Índice alfabético de autores catalogado inicialmente:									
Letra	Cantidad de autores	Letra	Cantidad de autores	Letra	Cantidad de autores	Letra	Cantidad de autores	Letra	Cantidad de autores
A	57	B	53	C	93	D	14	E	22
F	35	G	48	H	27	I	12	K	2
L	29	M	47	N	18	O	18	P	42
Q	4	R	43	S	80	T	41	V	38
X	2	Z	9						

³⁷ AHN “Inventario de la biblioteca del Colegio Jesuita de San Luis Potosí”, Sección: Clero, Jesuitas, 1767, Legajo 91-70, f. 68v.

Libros que fueron entregados posterior al extrañamiento:									
B	3	C	1	D	3	F	1	G	1
H	2	J	1	M	2	O	2	P	2
R	1	S	1						

El inventario a su vez consigna 1909 volúmenes, lo que, en comparación con las bibliotecas de la Casa Profesa de San Pedro y San Pablo de México (34 953 volúmenes), la del colegio de Pátzcuaro (4 392 volúmenes)³⁸ o la de Guadiana (2 555 volúmenes),³⁹ resultaba ser un repositorio modesto, aunque bien nutrido para cubrir las necesidades educativas de una población minera en el septentrión novohispano.

En cuanto al siglo de impresión de las obras encontradas en el inventario de la biblioteca de los jesuitas en San Luis Potosí, podemos destacar que la mayor concentración de libros proviene del siglo XVII, siendo pocos los del XVI y un poco más los del XVIII, interrumpido este último por la extracción acontecida en 1767. La obra más antigua de la que se tiene referencia en este catálogo data de 1512 y la más cercana de 1766, lo que nos habla de la inmediatez –si consideramos la expulsión a mediados de 1767– de la circulación de saberes; también es necesario referirnos al hecho de que 108 de las obras registradas no presentan año, perdiendo para este análisis cronológico un 12% del total de la muestra documentada.

Es importante hacer mención del siglo de impresión de las obras inventariadas por tres razones fundamentales, la primera de ellas obedece al hecho de que se puede apreciar una contabilidad de libros cargada al siglo XVII, pues fue el que agotó de inicio a fin la Compañía durante su estancia en San Luis Potosí, además de ser la centuria en la que se consolidaron los estudios en el colegio potosino. Así, la adquisición de libros desde 1624 y hasta 1699, fue una actividad constante, razón por la cual encontramos en el inventario obras del último tercio del siglo XVI nutriendo la biblioteca.

Evidentemente la contabilidad de textos no nos permite saber el año en que fueron adquiridos, pero considerando la inmediatez y el manejo de obras con cierta contemporaneidad a su salida de imprenta, podemos considerar que las adquisiciones de libros de determinados siglos se dieron en tiempos coincidentes. Por lo menos esto es seguro para las obras impresas en el siglo XVIII, cuando no había forma de adquirirlas sino entre 1700 y 1766; ello nos permite tomar en consideración que sólo un cuarto del total de las obras del inventario, se adquirieron en los 67 años que estuvo la Compañía en esa centuria y que tres cuartas partes del total de los libros se obtuviera y/o comprara en los 75 años que van desde la fundación del colegio, hasta el fin

³⁸ Betrán Moya, “Bibliotecas de ultramar”, p. 310.

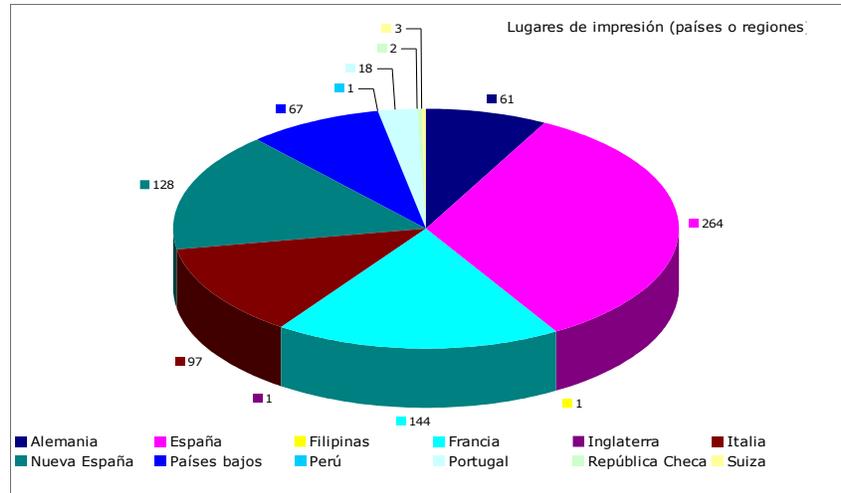
³⁹ Pacheco Rojas, “La biblioteca del colegio”, p. 67.

del siglo XVII. La segunda razón y quizás la más importante, la materia de los libros y la ideología plasmada en ellos varían entre siglos y, aunque podemos encontrar obras de un marcado carácter religioso y escolástico en los siglos contabilizados, sí se logra percibir una diferencia en cuanto a la temática de las obras referidas. La tercera es que, a pesar de que los recursos gráficos (a saber, grabados para frontispicios, orlas, encuadres, etc.) de que se echaba mano en las impresiones de libros, saltaban de impresor a impresor y así de generación a generación y de una región a otra, trascendiendo incluso los siglos; los valores formales y la estética de los mismos, sí muestran variaciones, por lo que es más probable encontrar un grabado de exuberante composición formal influido por la escuela flamenca en una de las obras del siglo XVI, que en un grabado de mediados del siglo XVIII imbuido ya en el próximo ánimo ilustrado.

Directamente ligado a la contabilización de ejemplares por centuria en la que fueron publicados, está el lugar de impresión de los libros catalogados. La primera discriminación realizada obedece a la ciudad donde fueron impresos los documentos inventariados, referida en el catálogo con su nombre antiguo y en latín, procediéndose por tanto a identificar la nomenclatura actual.⁴⁰ Acto seguido, se regionalizaron dichas ciudades siendo incluidas en una lista de países o territorios actuales, para obtener un panorama más amplio que nos permite identificar plenamente la procedencia de los impresos del colegio potosino, generando a su vez gráficas con las cantidades y porcentajes recabados.

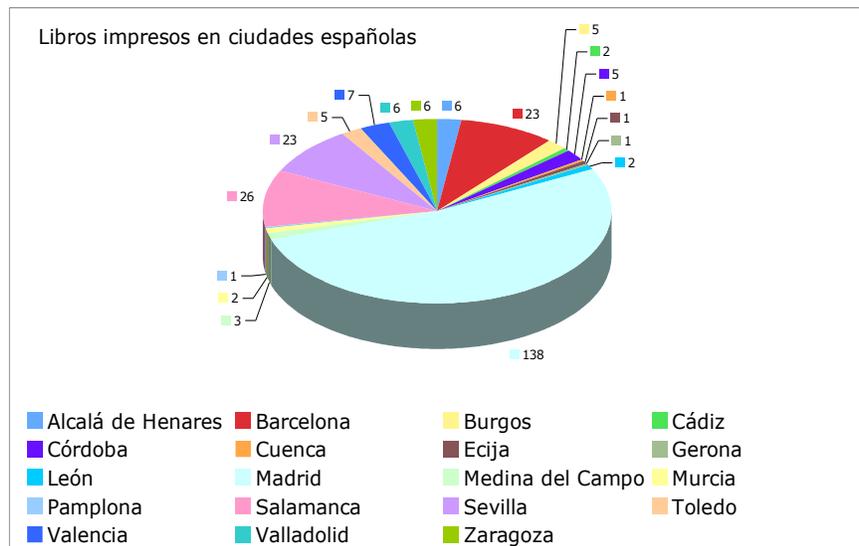
Conocer la procedencia y cantidad de los impresos que se encontraban en la biblioteca nos permite deducir entre otras cosas la calidad de los impresos, la comercialización bibliográfica en esta región y el tipo de grabados que circularon en estas tierras. De los resultados obtenidos podemos identificar la importancia que tuvieron España, Francia, Italia y Alemania, así como los Países bajos, al ser éstos, junto con las imprentas novohispanas, los lugares de los cuales provenían la mayoría de los documentos inventariados. Debemos recordar aquí la merecida fama de los impresos flamencos, alemanes y franceses, en los cuales se revolucionó el grabado, dándole una nueva dimensión a la importancia de éste en las obras impresas, sobre todo en las postrimerías del siglo XV y durante todo el XVI ya dentro del ánimo contrarreformista que prevalecía en Europa y que se hace manifiesto en obras de carácter manierista y barroco.

⁴⁰ Para ello fue de indispensable ayuda el trabajo de José Ignacio Mantecón Navasal, *Índice de nombres latinos de ciudades con imprenta, 1448-1825*, México, UNAM / IIB, 1973.



España es el país del cual provenían más obras impresas en la biblioteca del colegio potosino –un total de 264–; de ésta cabe destacar que algunos de los lugares de edición coinciden con las sedes que la corte española tuvo a lo largo de su historia, como lo fueron Toledo, Valladolid y Madrid, siendo esta última de la cual proviene la mayoría de los libros descritos en el inventario. El resto de ellos proviene de Barcelona, Salamanca y Sevilla, encontrándonos con un número muy considerable de talleres de impresión, como los de Pablo Del Val, Manuel Fernández y Juan García en Madrid, así como del taller de Juanpi Ferrer en Barcelona y Thomas López de Haro en Sevilla.

Es de España también la obra más antigua que se tiene registrada, cuyo año de impresión es de 1512 y procede del taller de Edimus Dominici en Salamanca. Escrita en latín por Miguel Palacio de Granada, dicha obra trata sobre religión y lleva por título *Dilucidationum et de clamationum tropologiarum in Esaïam prophetam libri quindecim*.



Después de España le sigue en número de obras contabilizadas Francia –con un total de 144 ejemplares–, en la cual encontramos dos ciudades como principales proveedoras de las obras impresas que se encontraban en San Luis Potosí: se trata de París y Lugduni (Lyon); esta última con obras que datan de 1531 hasta 1737 y con un gran número de ejemplares procedentes de la famosa casa de imprenta de Horacio Cardon. Debido a la zona de influencia de estas dos ciudades debemos advertir la excelencia de los grabados –lioneses primordialmente–, de fuerte influencia nórdica. Con ejemplares más escasos tenemos también a Estrasburgo, Douai, Toulouse y Rouen, obras todas de los primeros decenios del siglo XVII.

A continuación de España y Francia, la región que más impresos aporta a la biblioteca jesuita potosina es la propia Nueva España, con 127 libros e impresos, provenientes en su mayoría de México, cuatro de imprentas de Puebla de los Ángeles –la segunda urbe más importante de Nueva España donde además se hallaba una imprenta de la Compañía de Jesús,⁴¹ de la que salió uno de los cuatro ejemplares documentados– y tres más de Guatemala. Cabe mencionar el ejemplar existente impreso en el Virreinato del Perú.

Resulta curioso descubrir que las obras impresas en Nueva España que se encontraban en el colegio de San Luis, son apenas la mitad de las impresas en España. Esto nos conduce a pensar que seguía siendo más fácil obtener libros allende las fronteras oceánicas que en la propia tierra y, dado que la mayoría de los impresos de origen local pertenecen al último tercio del siglo XVII y al período del XVIII comprendido hasta el momento de la extracción –época en la que se ha consolidado por completo la imprenta en la Nueva España– y que éstos en su mayoría provienen de imprentas de la capital del virreinato podemos concluir que, al menos para el caso de la biblioteca potosina, la circulación de libros e impresos se da con más auge en las postrimerías del siglo XVII e inicios del XVIII, y se consolida en este último. En este sentido la relativamente asequible circulación de las obras impresas en Nueva España dentro de la porción norte del virreinato acontece en la plenitud del siglo XVIII. Como punto de referencia se toma en consideración la llegada de la imprenta a la provincia de San Luis Potosí, la cual ocurre aproximadamente hacia inicios del segundo decenio del siglo XIX, introducida por José Alejo Infante en el pueblo de Armadillo,⁴² esta será la primera imprenta formalmente establecida en la localidad y, dada la época de llegada, suponemos todavía un centralismo patente en cuanto a producción impresa en el virreinato.

⁴¹ Olivia Moreno Gamboa, “Producción impresa y autores en una ciudad episcopal: Puebla de los Ángeles, 1701-1770”, en Francisco Javier Cervantes Bello (Coord.), *Libros y lectores en las sociedades hispanas: España y Nueva España (siglos XVI-XVIII)*, BUAP, México, 2016, p. 178.

⁴² Arnoldo Kaiser Schlittler, *Biografías de San Luis Potosí*, AHSLP, San Luis Potosí, 1997, p. 67. Debido a esto, hoy en día la cabecera municipal de Armadillo en San Luis Potosí, lleva por nombre Armadillo de los Infante.



Interesante también es observar la gran cantidad de obras –ya fuesen libros o impresos sueltos– publicadas en imprentas representadas por las viudas de impresores, lo cual muestra el carácter hereditario en este gremio. Un total de 22 ejemplares pertenecían a la imprenta de la viuda de José Bernardo de Hogal, unos 26 habían visto la luz en el taller donde laboraban los herederos de la viuda de Miguel de Rivera. La aportación de las mujeres al mundo de la impresión novohispana es una arista que podría ser investigada desde los estudios de género a profundidad, complementando los acercamientos que ya existen sobre el tema.⁴³ Trabajos como el presente pretenden, además de discutir con una fuente documental, aportar a diferentes abordajes temáticos a partir de los catálogos e inventarios, desde una exploración sobre la presencia de las obras en estos talleres y su circulación, hasta la consolidación de talleres familiares con una matriarca al frente y, en general, una historia de la imprenta en México.

Asimismo, debemos apuntar que muchos de los ejemplares hallados salieron de la Imprenta del colegio de San Ildefonso –19 en total– y de la Imprenta de la Biblioteca Mexicana (22). De esta forma la producción impresa que encontramos provenía, fundamentalmente, de cuatro talleres, aunque debemos acotar la presencia de impresos provenientes del taller de Pedro Ocharte –tres ejemplares–, tercer impresor en la Nueva España.⁴⁴ También se ha podido detectar un ejemplar impreso por uno de los herederos de Antonio Espinosa de los Monteros –Manuel Espinosa de los Monteros–, considerado el fundador del segundo taller de imprenta en la Nueva España.⁴⁵

⁴³ Un artículo reciente que condensa algunos de los datos con que contamos acerca de las viudas impresoras y sus talleres, es el de Luz del Carmen Beltrán Cabrera, “Mujeres impresoras del siglo XVIII novohispano en México”, en *Fuentes Humanísticas*, Año 27, Número 48, 2014, pp. 15-28.

⁴⁴ Alexandre A.M. Stols. *Pedro Ocharte, el tercer impresor mexicano*, Biblioteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1990.

⁴⁵ Alexandre A.M. Stols. *Antonio de Espinosa. El segundo impresor mexicano*, Biblioteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1989.

Cabe destacar que muchas de las soluciones tipográficas, así como los grabados que se producirían en Nueva España, tenían su antecedente directo en los ejemplos encontrados en obras provenientes de Europa y repetidos en los propios talleres novohispanos, por lo que no será raro hallar símiles o, en su defecto, soluciones recurrentes entre los impresores locales.

Por último, siguen en cantidad los impresos en Italia, Países Bajos y Alemania. La presencia de la escuela flamenca de grabado con su rico ornamento, así como la italiana de corte más bien clásico, estaban presentes en la biblioteca potosina. Talleres de imprenta tan reconocidos como los de Cristóbal Plantin, Juan Moreto, Juan Keerbergium, se hacían presentes con sus obras, y otras casas editoriales de Antuerpie (Amberes), Ámsterdam, Bruselas y Lovaina.

Colonia, Dillingen y Maguncia tampoco se quedaban atrás: diversos libros de la casa Birckmani, de Antonio Hierati y de Juan Vencard figuraban en el catálogo. De Italia tenemos obras impresas en Roma y Venecia y de casas como la de Bartolomé Zanetum.

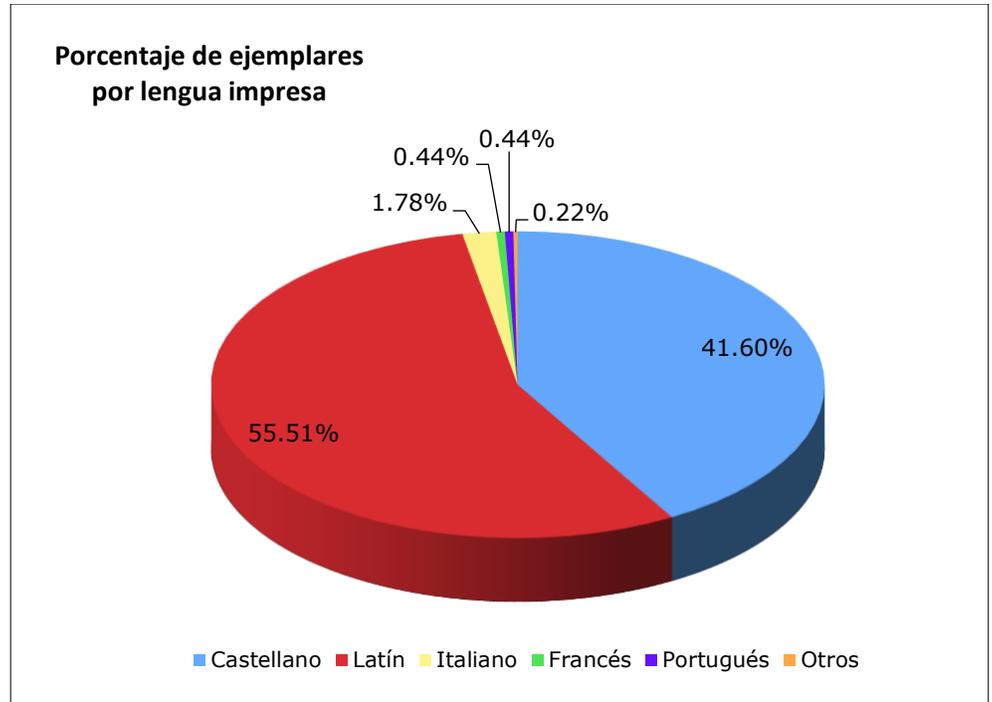
Ahora bien, de la totalidad de libros e impresos registrados, se ha hecho también un análisis de la lengua en la que éstos estaban escritos, así encontramos que 499 de las 917 obras catalogadas estaban escritas en latín, principalmente aquellas obras que –como se verá en las tablas correspondientes– versaban sobre religión; le sigue el castellano con 374 obras, italiano y francés con 16 y 4 respectivamente, portugués con 4 más y dos obras escritas en náhuatl –con sus respectivas anotaciones en castellano.

Siendo el colegio de los jesuitas una escuela en la que se enseñaba principalmente gramática y latín⁴⁶ y de la que tan sólo en sus primeros años había registrado ya 40 alumnos en el curso de latinidad,⁴⁷ no resulta relevante el predominio de textos en dicha lengua, la cual, además, era la que se usaba en la Compañía de Jesús como distintivo –no privativo, por supuesto– de su intelectualidad.

De hecho, la *Ratio studiorum* contemplaba en su ambicioso programa de estudios, el estudio de gramática, humanidades y retórica para poder dominar el latín tanto en su expresión escrita como oral.

⁴⁶ José Ignacio Palencia. *La compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, IHS, México, 1972, p. 378. Para el momento de la extracción el colegio contaba con tres cátedras de gramática y la escuela propiamente.

⁴⁷ Francisco Zambrano, S.J. *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús...*, Tomo X, p. 82.



3. El espacio de los libros

Quiero concluir este artículo haciendo mención del espacio de la biblioteca, pues los libros no pueden entenderse sin el espacio donde se resguardan. La forma habitual de enseñanza consistía en la elección de un autor y una lectura que los alumnos debían leer y comentar previa exposición del docente, lo cual demandaba, por supuesto, tener a mano las obras más relevantes de la doctrina cristiana y de los saberes más actualizados de su época.

Así, conforme a lo establecido en la Constitución 351, resultaban materias por aprenderse en los colegios jesuitas las “Letras de humanidad de diversas lenguas y la lógica y filosofía natural y moral, metafísica y teología escolástica y positiva y la escritura Sacra.”⁴⁸ Por supuesto, ello requería la existencia de una librería (biblioteca), la cual, por la naturaleza formativa de los ignacianos, había quedado asimismo consignada en su aparato regulatorio. En la Constitución 372 contenida en el capítulo VI (“Cómo se aprovecharán para bien aprender las dichas facultades”), queda establecido que:

[372] Haya librería, si se puede, general en los Colegios, y tengan llave de ella los que el rector juzgare deben tenerla. Sin esto los particulares deben tener los libros que les fueren necesarios.

⁴⁸ *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura* (S. Arzubialde, J. Corella, J.M. García-Lomas, eds.), Santander, Universidad Pontificia Comillas, Sal Terrae, 1993, p. 177, Constitución 351.

[373] Con esto no los deben de glosar. Y tenga cuenta de ellos el que tiene cargo de los libros.⁴⁹

Esto es importante desde varios aspectos. Hay una indicación clara que va marcando el derrotero de los colegios en tanto se apunta a una necesidad de contar con espacio para los libros, cuyo contenido ha quedado perfilado previamente. Por librería general se refiere a que estuviera al alcance de profesores y alumnos y, siendo un bien sumamente preciado para la Compañía, debía estar bajo el cuidado primero del rector. Otras regulaciones establecían la prohibición de que los libros fueran anotados o parafraseados en su interior, pues formaban parte de los bienes de la orden y, como bienes temporales, era obligación del rector del colegio encargarse de conservarlos y administrarlos, tal y como quedaba establecido en las mismas constituciones.⁵⁰

Casi al unísono del establecimiento en el pueblo de San Luis Potosí los jesuitas comenzarían a adquirir libros, pero ¿dónde se encontraban estos? Si retomamos el hilo de los acontecimientos que derivaron en la llegada y establecimiento de la Compañía en estas tierras, apreciaremos que la primera librería debió estar en las casas de don Juan de Zavala en tanto se finalizaba la erección del colegio. La iglesia de la Santa Veracruz, apenas avanzada, tendría primicia en el proceso constructivo pues era menester contar con un espacio para el oficio divino propio y no seguir echando mano de la parroquia para las celebraciones litúrgicas. El hospicio y las aulas improvisadas se ubicaban temporalmente en las casas mencionadas.

Para 1635 se estaba contratando la fabricación de una nueva iglesia, de lo cual se infiere que el colegio estaba ya concluido y en funciones. Sin embargo, poco sabemos del espacio y lugar que ocupó la antigua librería y no es sino hasta 1749, en una visita hecha por el padre provincial Andrés Xavier García, cuando consta que: “En el colegio se ha hecho una tribuna que sirve de capilla, con lo que se le dio un aposento más al colegio, separando la capilla de la librería, se han habilitado las dos piezas que sirven de clase y escuela.”⁵¹

Esto nos permite ubicar perfectamente el espacio de la biblioteca del Colegio de la Compañía en el siglo XVIII: en lo que era el claustro alto, en el costado poniente, aledaño a la iglesia; justo en las salas grandes del edificio de rectoría de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, contiguas a la iglesia de la Compañía. En un plano de 1855 (figuras 1 y 2) en el que se muestran las plantas, fachadas y cortes de lo que fuera el Colegio

⁴⁹ *Constituciones de la Compañía*, p. 180, Constituciones 372 y 373.

⁵⁰ *Constituciones de la Compañía*, p. 171, Constitución 326.

⁵¹ AGN, Hacienda, Tomo 284, Número 30, febrero 26 de 1749.

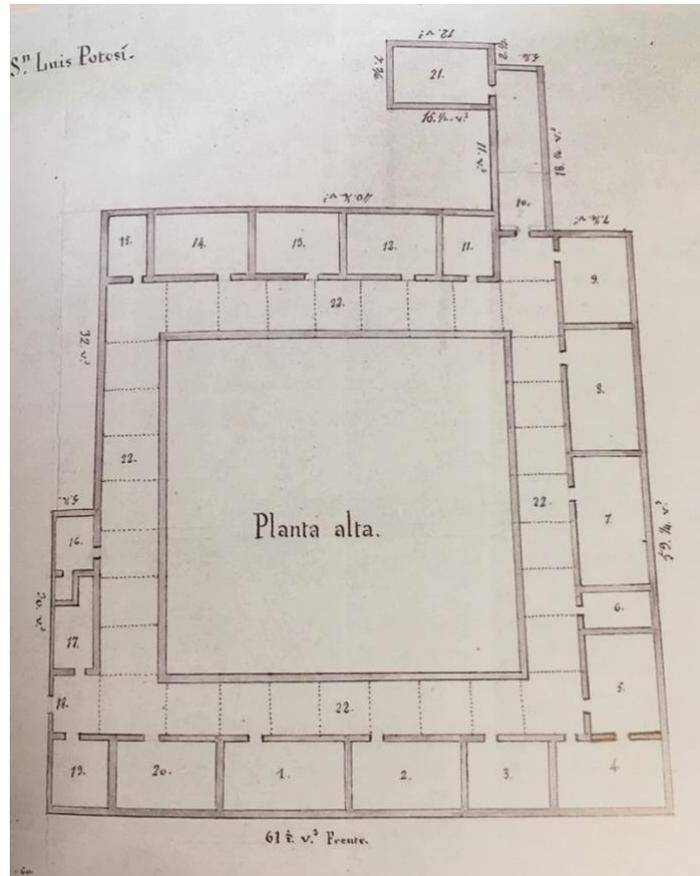
Guadalupano Josefino,⁵² se muestran los corrillos altos aún tapiados, como era la usanza en estas construcciones. A la izquierda de la imagen es donde se encontraba la biblioteca, pues el corte arquitectónico toma por punto de vista la fachada. En ese mismo plano encontramos las plantas del edificio que, aun y cuando se trata de un dibujo de 1855, se aprecia la mayoría de las dependencias que contenía el antiguo colegio jesuita, prueba de ello es la referencia, en el dibujo de la planta alta, de la “tribuna” (marcada con el número 16) que daba a la nave de la iglesia, coincidente con la referencia que hemos dado líneas arriba. Ahora bien, el colegio contaba con una sala que llamaban “de consulta”,⁵³ cercana a la “biblioteca común”, lo que nos remite a un espacio de estudio independiente a las aulas y a la propia biblioteca.

Era este el espacio de los libros en el colegio de San Luis, donde se atesoraba en gran medida aquello que dio fama y lustre a la Compañía de Jesús allá a donde fue a fundar casa y colegio.



⁵² AGN, Instituciones coloniales / Mapas, planos e ilustraciones, 280, “Colegio Guadalupano Josefino; San Luis Potosí. S.L.P.”, 1855.

⁵³ AHN, “Decreto de su majestad y demás diligencias practicadas en la expulsión de los reverendos padres jesuitas de esta ciudad...”, Sección: Clero, Jesuitas, 1767, Legajo 91-56, f. 6v.



Figs. 1 y 2. Corte y planta alta del Colegio Guadalupano Josefino. AGN, Instituciones coloniales / Mapas, planos e ilustraciones, 280, "Colegio Guadalupano Josefino; San Luis Potosí. S.L.P.", 1855

4. A manera de colofón

La biblioteca de una orden religiosa es un sarmiento de cuyos pámpanos, en el periodo virreinal, solían brotar fe, ciencia y arte y, de cuyo conocimiento y análisis se pueden extraer muchos datos para la elaboración –y entramado– de una historia local, pues finalmente estos repositorios nutrían no sólo a sus dueños sino a las sociedades donde estos dueños fincaban casa. Por ello, el recorrido que hemos realizado en este trabajo nos ha permitido asomarnos a algunas de las diversas realidades que nos puede ofrecer el analizar el inventario de una biblioteca como la que nos ha ocupado en estas líneas y en ello radica su aportación más importante. El inventario de la librería de la Compañía de Jesús, fruto de una expulsión de alcances ultramarinos y, enmarcada en las violentas conmociones que, desde el mes de mayo de 1767 y hasta julio del mismo año vivieron de forma particular los habitantes de la ciudad de San Luis Potosí, ha sido tema de otros trabajos que la enuncian y citan, pero había quedado pendiente analizarla a mayor profundidad buscando abundar en aspectos más complejos de su contenido, y también dar a conocer la totalidad del listado de su acervo.

Los jesuitas como depositarios de la alta educación novohispana contaron en sus colegios con librerías vastas, nutridas y complejas en contenido, pero también actualizadas, modernas, planetarias. Recorrer un inventario que, por razones violentas contra la orden ignaciana fue confeccionado y que por fortuna llegó a nuestros días, nos ha permitido ver como los libros cruzaban el Atlántico y el Pacífico para llegar hasta un colegio en el septentrión novohispano. Nos ha permitido ver también cómo el conocimiento no era algo estático en este colegio, sino que en centuria y media aumentó su patrimonio con obras de las más diversas latitudes y de los más complejos y variados temas. Casi recién salidos de la imprenta (el libro de 1766 ha sido prueba de ello), los libros surcaban mares y caminos de herradura en un ir y venir de conocimiento que encontraba su destino en el estante de las bibliotecas conventuales y de los colegios. Desafortunadamente para contrastar con este trabajo no hubimos de contar con el inventario de alguna otra orden religiosa en San Luis Potosí que nos permitiera comparar –a pesar de las diferentes vocaciones de unas y otras órdenes– la riqueza de la antigua librería jesuita. Quizás ello le de aún más valor al inventario que nos ha servido de base para este trabajo pues, si bien las condiciones de su elaboración obedecieron a cuestiones políticas –y violentas– el que llegara a nosotros quizás constituya una oportunidad única de poder ver ese complejo mundo intelectual en el San Luis Potosí virreinal.

Bibliografía

Betrán Moya, José Luis. “Bibliotecas de ultramar: La biblioteca del Colegio de San Luis de Potosí de la Compañía de Jesús en Nueva España en el momento de la expulsión”, en Camilo J. Fernández Cortizo, Vitor Manuel Migués Rodríguez, Antonio Presedo Garazo (ed.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, vol. I, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 307-320.

Gálvez, José de. *Informe sobre las rebeliones populares de 1767*, (edición, prólogo, índice y notas por Felipe Castro Gutiérrez), UNAM / IIH, México, 1990.

García Aguilar, María Idalia. “Entre el olvido y la supervivencia: los libros jesuitas del colegio de San Luis Potosí”, en *Revista de El Colegio de San Luis. Nueva época*, año VI, número 11, enero a junio de 2016, pp. 48-105.

Herman W. Konrad, *Una hacienda de los jesuitas en el México colonial. Santa Lucía, 1576-1767*, México, FCE, 1995.

Hernández Soubervielle, José Armando. *Nuestra señora de Loreto. Morfología y simbolismo de una capilla jesuita del siglo XVIII*, México, Universidad Iberoamericana, El Colegio de San Luis, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2009.

Arnoldo Kaiser Schlittler, *Biografías de San Luis Potosí*, AHSLP, San Luis Potosí, 1997.

- Martínez Rosales, Alfonso. “La biblioteca del Colegio de San Luis Potosí de los Jesuitas (1767)”, en José de la Cruz Pacheco Rojas (coord.), *Seminario Los Jesuitas en el Norte de Nueva España: Sus contribuciones a la educación y el sistema misional. Memorias*, México, Universidad Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, pp. 75-90.
- Monroy Castillo, María Isabel y Tomás Calvillo Unna, *Breve historia de San Luis Potosí*, México, COLMEX / FCE, 1997.
- Moreno Gamboa, Olivia. “Producción impresa y autores en una ciudad episcopal: Puebla de los Ángeles, 1701-1770”, en Francisco Javier Cervantes Bello (Coord.), *Libros y lectores en las sociedades hispanas: España y Nueva España (siglos XVI-XVIII)*, BUAP, México, 2016, pp. 175-201.
- Osorio Romero, Ignacio. *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas, 1979.
- Pacheco Rojas, José de la Cruz. *El colegio de Guadiana de los jesuitas, 1596-1767*, México, Universidad Juárez del Estado de Durango / Plaza y Valdés Editores, 2004.
- Pacheco Rojas, José de la Cruz. “La biblioteca del colegio de Guadiana de los jesuitas”, en José de la Cruz Pacheco Rojas (coord.), *Seminario Los Jesuitas en el Norte de Nueva España: Sus contribuciones a la educación y el sistema misional. Memorias*, Universidad Juárez del Estado de Durango, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2004, pp. 53-73.
- José Ignacio Palencia. *La compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, IHS, México, 1972.
- Stols, Alexandre A.M. *Pedro Ocharte, el tercer impresor mexicano*, Biblioteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1990.
- Stols, Alexandre A.M. *Antonio de Espinosa. El segundo impresor mexicano*, Biblioteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1989.
- Zambrano, Francisco S. J. *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, 16 tomos, Jus / Buena Prensa / Tradición / Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana, México, 1961-1977.